

La Teoría Europea y la Teoría Americana de las Migraciones Internacionales

Por Conrado GINI.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción del italiano por María Colini.

SUMARIO:

1. I. *Posición del problema.* II. *La teoría americana.* 2.—La tesis de F. A. Walker. 3.—Acogida desfavorable de la teoría en Europa. 4.—Acogida parcial o totalmente favorable en América. 5.—Crítica y conclusiones de W. F. Willcox. 6.—Reflexiones y nuevas elaboraciones de W. S. Thompson y de P. K. Whelpton. 7.—Las pretendidas refutaciones de E. A. Goldenweiser y la confirmación de J. M. Gillette. 8.—Necesidad de revisar la interpretación, generalmente aceptada, de los resultados de Gillette. III. *Las presuposiciones de la teoría americana.* 9.—La formulación teórica de Benjamín Franklin. 10.—Hipótesis, explícitas o implícitas, en que se basa la teoría de Franklin. 11.—Discusión de tales hipótesis. 12.—Hipótesis necesarias y suficientes para la validez de la teoría americana. IV. *Conciliación de la teoría europea y de la teoría americana.* 13.—Efectos opuestos de un mismo factor a tenor de las condiciones de equilibrio o desequilibrio del organismo social. 14.—Necesidad, en consecuencia, de examinar, caso por caso, si se verifican los presupuestos de la teoría americana o los presupuestos de la teoría europea. 15.—Los efectos de la inmigración europea en América, de acuerdo con la teoría europea. 16.—Variedad y complejidad de situaciones en los países europeos: los efectos de la inmigración europea dan razón, en unos aspectos, a la teoría europea, y en otros, a la teoría americana. V. *El aporte económico de la inmigración.* 17.—Características peculiares de los inmigrantes atendiendo a su capacidad de reproducción, laboriosidad, parsimonia, espíritu de empresa,

y, sobre todo, a su edad. 18.—Cálculo de la contribución que ha hecho la inmigración europea en las nuevas generaciones de los Estados Unidos de América. 19.—Evaluación del aporte económico de la inmigración europea a la riqueza americana, basándose para efectuar el cálculo, en el ahorro que ha permitido de esa riqueza, en la aligeración e incremento, del crédito nacional. El cálculo de uno y otro aspecto demuestra que, el aporte económico de la inmigración europea, supera con mucho la actual riqueza de los Estados Unidos. 20.—Significación que debe conferirse a tal resultado. 21.—Pasividad demográfica y económica que ha ocasionado en Europa la emigración. VI. *Armonía y desarmonía de la emigración europea en Norteamérica*. 22.—Caracteres complementarios de las variaciones climáticas de Norteamérica respecto a las de la Europa atlántica y mediterránea, y sus caracteres coincidentes con cualquiera de los climas de Europa Continental. 23.—Armonía entre el impulso emigratorio de Europa y la atracción inmigratoria de América, hasta el momento en que la emigración, de carácter predominantemente agrícola, se alimentó por países occidentales y meridionales de Europa. Antítesis que sobrevino cuando dicha fuerza propulsiva y atractiva fué superada, por la importancia emigratoria, de los países de Europa oriental hacia América, y con la coincidencia de la industrialización como factor determinante de la situación económica de los dos continentes. 24.—Acentuación de los antagonismos de clase. 25.—El acuerdo internacional europeo-americano como medio para remediar tal antítesis. 26.—Peligro, para los Estados Unidos, de que disminuya la corriente inmigratoria europea.

I. Posición del problema

1. Llamamos “emigrante” a quien abandona su propio país para trasladarse a otro; e “inmigrante”, por el contrario, a quien se traslada a un país nuevo, dejando aquel que precedentemente habitaba. La emigración determina, por definición, una disminución de la población del país que la alimenta, y la inmigración un aumento de población en el país que la recibe. Estas ideas no se ponen en duda.

El europeo, por tanto, que llega a los Estados Unidos de América, se siente desconcertado ante la tesis —que se viene sosteniendo por algunos estudiosos autorizados y que aceptan parcial o totalmente casi todos—, de que la inmigración no aumenta la población del país que la sufre, y que la emigración no disminuye la población del país que la produce.

La divergencia entre la “teoría americana” y la que, por contraposición, podemos llamar “teoría europea”, se podría explicar por el he-

cho de que esta teoría considera el inevitable efecto inmediato del movimiento migratorio, mientras que aquélla, por el contrario, los efectos definitivos. Pero ¿son los efectos definitivos de las migraciones, tal y cuales los pretende la teoría americana? Este es el problema.

II. La teoría americana

2. Si los extranjeros —escribía el Gral. F. A. Walker, que ha dado de la teoría americana antes dicha, al final del siglo pasado, la formulación más conocida—, no hubieran entrado en los Estados Unidos, el elemento nativo habría ocupado, con el tiempo, el puesto que los extranjeros han “usurpado”. La inmigración extranjera en los Estados Unidos, en el momento en que comienza a cobrar cierta importancia, no constituyó un refuerzo de su población, sino más bien, una substitución del tronco nativo por un tronco extranjero. A resultas del aumento de la población, testimoniado por censos regulares que remontan a un siglo, el crecimiento se hubiera mantenido constante sin o con la inmigración, ya que ese crecimiento era notable aún antes de que la inmigración adquiriera importancia. Esto dió como resultado que entre más y más creció la inmigración, menor fué el crecimiento natural de la población; no sólo de la población nativa, sino también de la población resultante. Las causas de la disminución del crecimiento natural de la población no fueron ni de índole fisiológica, ni de índole climática, sino, esencialmente, sociales y económicas, siendo la principal de ellas, la presencia exagerada de hordas de extranjeros, que traían consigo una manera de vivir contra la que el pueblo norteamericano se habría revelado.¹

3. El Gral. Walker es poco conocido en Europa, y nadie, entre nosotros, que yo sepa, se ha ocupado de discutir su teoría. Por vez primera lo hicimos hace algunos años.²

Se han ocupado por el contrario, de las doctrinas de Walker, algunos autores ingleses dedicados a la geografía (Gregory, Close), con ocasión

1 FRANCIS A. WALKER.—*Immigration and Degradation*, en “*Forum*”, Vol. II, agosto de 1891, págs. 634-644, reproducido, junto con otros artículos, en *Discussions in Economics and Statistics* editada por Davis R. Dewey, Henry Holt and Co., 1899, 2 vols. Cfr. en particular págs. 638, 640, 642, 643.

2 Ver la Conferencia *Emigrazione e Colonie*, publicada en la “*Rivista di Politica Economica*”, Año XXVIII, Fasc. IV, abril 1938.

de un esclarecimiento de la idea, según la cual, sólo la inmigración europea, podría explicar el rápido aumento de la población americana en comparación con el estanco que padece la población europea, —argumento, por otro lado, muy débil—, pues es muy natural que el incremento demográfico fuese mayor en América, que no en Europa asiento de una civilización milenaria.³

De esto se ha ocupado recientemente Carr-Saunders, observando que la disminución de la natalidad en América, debe atribuirse a las mismas causas que la han originado en Europa. Y que, aún en el caso que tal descenso de la natalidad hubiera de ser atribuido a la inmigración únicamente, habría sido compensado, por esta misma inmigración, aunque sin excluir, claro, está, que en algunos casos la inmigración puede provocar la disminución de la población nativa, pero siempre se trataría de un efecto de poca importancia.⁴ “Es posible —concluye a propósito de la teoría de Walker—, explicar la difusión de una doctrina tan contraria al sentido común y tan desprovista de base, suponiendo que tal teoría se la va a emplear como argumento en contra de la libertad de inmigración, inmigración que, a su vez, no es agradable por razones que no conviene declarar.”⁵

4. En su patria el Gral. Walker, fué considerado, en su tiempo, como la más alta autoridad en materia de estadística nacional,⁶ de tal manera que muchos autores aceptaron su teoría más por el prestigio de su nombre, que por el material estadístico con que creía haberla fundamentado. En verdad, no faltaron autores que pusieron la tesis en discusión, basándose en nuevos datos y ulteriores elaboraciones. Hubo autor que se ingenió por sacar argumentos capaces de llevar aún más allá la teoría de Walker, tal es el caso de Sidney G. Fisher, el primero en el tiempo de sus secuaces, que sostenía que, el número de habitantes de los Estados Uni-

3 Cfr. J. W. GREGORY, *Human Migration and the Future*, Lippincott, 1927, particularmente págs. 18-22; Sir CHARLES CLOSE, *Population and Migration*, en “Geography”, vol. XIV, págs. 1-24, particularmente pág. 2.

4 Carr-Saunders, alude, evidentemente, en este punto, a los resultados de las investigaciones de Thompson y Whelpton, de que trataremos en seguida (confróntese N° 6).

5 Ver A. M. CARR-SAUNDERS. *Población mundial*, traducción castellana publicado por el Fondo de Cultura Económica.

6 “The leading authority in the field of Federal statistics”, lo llama Willcox en el op. citado (10) p. 94.

dos sería superior al actual aun cuando no hubiera habido inmigración extranjera.⁷

A la categórica condena que, como hemos visto, hace Carr-Saunders, —uno de los más autorizados sociólogos ingleses—, de la teoría de Walker, se opone la exaltación incondicionada de esta teoría por parte de Fairchild —uno de los más populares sociólogos americanos. Este califica a la tesis de Walker como “una doctrina, tan bien fundada, tan perfectamente documentada en la mejor literatura científica que existe sobre el tema, que se yergue como una de las conclusiones menos objetables de la teoría económica y social”.⁸

Si el entusiasmo de Fairchild, no es plenamente compartido por sus conciudadanos, empero, las opiniones de éstos, en su mayoría son favorables a la tesis de Walker.

Con una sola excepción, que mencionaremos en seguida, los autores americanos que se han ocupado de examinar las ideas de Walker, y los hechos en que se sustenta, pueden repartirse en dos grupos: uno, del que forman parte, junto con los ya citados S. G. Fisher y H. P. Fairchild, un sociólogo tan eminente, como Ellwood, un conocido genetista, East, recientemente fallecido, y otros como Jenks, Lauck, Hall, Garis, Hunter y Commons —grupo que acepta, plenamente, en sus fundamentos y consecuencias la tesis de Walker—;⁹ y otro que, reconociendo el fundamento

7 SIDNEY D. FISHER. *Has immigration Increased Population* en “Population Science Monthly”, vol. 48, dcbre. 1895, pp. 244-255. Ver particularmente p. 245.

8 HENRY P. FAIRCHILD, *Immigration and the Population Problem*, en “Annals of American Academy of Political and Social Science”, Vol. 150, pp. 7-12. Ver del mismo autor *Immigration*, New York, Macmillan, 1927. *The Paradox of Immigration*, en “American Journal of Sociology”. Vol. 17, pp. 254-267; *Migration*. Comunicación presentada en la reunión habida en 1929 en la Universidad de Chicago (Norman Wait Harris Memorial Foundation) para la discusión de los problemas de “Población e Inmigración”, en una perspectiva más amplia. Cfr. “Reports of Round Tables”, Vol. I, pp. 139-202.

9 CHARLES A. ELLWOOD. *Sociology and Modern Social Problems*. American Book Co., 1910: Ver cap. IX, particularmente pp. 178-179.

EDWARDS M. EAST. *Heredity and human affairs*, Scribners, 1926: Cfr. particularmente pp. 289-290.

ROBERT HUNTER.—*Immigration, the Annihilator of our Native Stock*, in “The Commons”, Vol. IX pp. 114-117. Cfr. particularmente p. 115.

JOHN R. COMMONS. *Races and Immigrants in America*, New York, Macmillan, 1920.

JEREMIAH W. JENKS and JETT LAUCK. *Immigration Problem*, Frunck and Wagnalle, Co. 1926. caps. I-IV, XVIII.

de la teoría, no acepta del todo sus consecuencias. Este último grupo nos interesa particularmente.

Figuran en este grupo el Nestor de la demografía americana, W. F. Willcox, y, para prolongar la metáfora homérica, también a los que podemos llamar, por sus confusiones, si no por su valor, los dos Ayaxes de la demografía americana: W. S. Thompson y P. K. Whelpton.

5. Sometiendo a minuciosa crítica los datos de Walker, objeta Willcox que los aumentos decenales de la población no resultan, efectivamente, tan constantes como había afirmado Walker, y que, por otra parte, éste no había tomado debidamente en cuenta la progresiva extensión del área de registro obtenida en cada censo con la cifra correspondiente a la misma zona en el censo siguiente, el aumento inicia una clara disminución a partir de 1860, pero esta disminución se podría hacer remontar más precisamente a 1810, atribuyendo el acrecentamiento que se produjo en los dos decenios 1840-50 y 1850-60 a la fuerte inmigración. La disminución dataría, incluso, de la época de los primeros censos —con un notable acrecentamiento en 1840-50, que puede atribuirse plausiblemente al gran número de emigrados— si las comparaciones se verificasen con relación a la primitiva zona de registro de 1790, y se observarían disminuciones análogas en las varias zonas a las que fué sucesivamente extendido el registro.¹⁰

Pero hay que tener en cuenta que tales comparaciones distan mucho de ser impecables, pues caen bajo la influencia de las migraciones internas, las cuales se dirigen sistemáticamente desde las más antiguas zonas de registro a las más recientes, mientras que no es de suponer que Walker les negase también toda influencia sobre el movimiento de la población, cosa que en ningún caso hizo Willcox. Por la misma razón no se puede reconocer fuerza de prueba a la comparación, a la que daba importancia Ellwood, entre los aumentos de población de los Estados del Norte después de la guerra civil, y los aumentos de población de los

PCESCOTT F. HALL. *Immigration*. New York, Henry Holt and Co., 1ª edición, 1906. 2ª edición 1908. Cfr. particularmente las pp. 107-120 de la 2ª edición.

ROY L. GARIS. *Is our Immigration Policy satisfactory?* en "Annals of American Academy, of Political and Social Science", Vol. 156, pp. 28-40; *Immigration Restriction*, New York, Macmillan, 1927.

10 WALTER F. WILLCOX. *International Migrations*. New York, National Bureau of Economic Research; Vol. II, *Interpretations*, 1931. Parte II, capítulo II; *Immigration in the United States*, pp. 85-122; Cfr. particularmente pp. 39-102.

Estados del Sur, que dicho autor afirmaba ser equivalentes, puesto que el Norte fué el que recibió a la infinita mayoría de los inmigrantes.¹¹

No se le puede reconocer fuerza de prueba, puesto que, aunque es verdad que el Sur no recibió directamente del extranjero más que pocos inmigrados, en cambio recibió muchos —nacidos en parte en países extranjeros, y en parte, probablemente mayor, nacidos en América— gracias a los cambios internos de población.

La conclusión de Willcox es que entre una región y otra no existe la uniformidad de aumento en que Walker basaba su teoría, presentando cada región una dinámica particular de acuerdo con las condiciones del tiempo, y que, en definitiva, la tesis de Walker responde sólo en parte a la realidad, puesto que los inmigrantes acrecientan realmente la población del país que los recibe, más no en proporción a su número.¹²

6. Análoga es la conclusión de Thompson y Whelpton, los cuales, en la discusión de este punto, han hecho confluír consideraciones ya presentadas por varios autores y resultados de nuevos trabajos estadísticos.

Observan dichos autores que la inmigración por una parte aceleró en los Estados Unidos de América el proceso de industrialización y acentuó el urbanismo, y por otra parte, provocó la ascensión de muchos elementos nativos de las clases bajas, acrecidas por los inmigrantes, a las elevadas, contribuyendo, de uno y otro modo, aunque esto sólo sea a largo plazo, a disminuir la natalidad.¹³

Ahora bien, si con ello se hace referencia a la natalidad de la población nativa la conclusión es aceptable, pero no basta para justificar, ni tan sólo parcialmente, la tesis de Walker. Para justificarla, sería preciso, en

11 Cfr. Op. Cit., pp. 178-179.

12 Cfr. Op. Cit., p. 103.

13 Entre los autores que han enunciado opiniones análogas, hay que recordar, en la literatura americana, a los siguientes:

F. A. BUSHEE. *The declining Birth Rate and its Cause*, en "Popular Science Monthly", Vol. 63, pp. 355-361, particularmente la pág. 356; *Principles of Sociology*, Henry Holt and Co., 1923. p. 314.

ISAAC A. HOURWICH. *Immigration and Labor*, B. W. Huebtsch Inc. 1922, en especial la pág. 9.

NILES CARPENTER. *Immigration and Their Children*, 1920, Census Monographs, N° VII, 1927, particularmente pág. 296.

W. S. THOMPSON. *Ratio of Children to Women*, 1920, Census Monograph pp. 22623.

L. I. DUBLIN and A. J. LOTKA. *Length of Life*. Romald, 1936; Cfr. p. 261.

verdad, admitir que las ya citadas circunstancias hayan hecho disminuir la natalidad de la población en su conjunto, lo cual no es nada verosímil. Es verosímil lo contrario, pues parece plausible admitir por una parte que la natalidad de los inmigrados, aunque se ocuparan en gran parte en la industria y residieran en los centros urbanos, fuese superior a la propia de las clases bajas nativas, cuyo lugar habían ocupado, y por otra que la natalidad de los nativos que ascendieron a las clases superiores fuese por término medio mayor que la de aquellos que ya formaban parte de dichas clases, y, finalmente, que tal desplazamiento vertical no fuese suficiente para restablecer la precedente proporción entre clases altas y clases bajas, de tal modo que el tanto por ciento de estas últimas, dotadas de más alta natalidad, resultase acrecido por efecto de la inmigración.

Con sugestiva reunión de datos estadísticos, Thompson y Whelpton hacen seguidamente resaltar la oposición entre el débil número de nacimientos habidos durante un decenio, o dos o tres, (deducido de la confrontación de su número efectivo con la cifra que era de esperar basándose en el coeficiente inicial de natalidad) con la aportación demográfica en el mismo intervalo por la inmigración, y han constatado que ésta supera a aquél.¹⁴ Podría observarse que, a la influencia que la inmigración, haciendo más dura la concurrencia, ejercería sobre la natalidad, debería añadirse la que ejerció quizá sobre la mortalidad, observación que inclinaría a acentuar la conclusión en un sentido favorable a la tesis de Walker. Más importante, sin embargo, es la observación en sentido contrario de que, si admitimos como admite Walker que, sin inmigración, el aumento natural — o en particular la natalidad habría permanecido constante a través del tiempo, no hay razón para limitar el cotejo a un decenio, dos o tres; mientras que si admite que el aumento natural o la natalidad disminuyen independientemente de la inmigración, tal circunstancia operaría ya dentro de los límites de treinta, veinte o diez años.

Ahora bien, éste es precisamente el punto central de la cuestión: ¿Se habrían verdaderamente conservado el aumento natural y la natalidad de la población americana, dejando de lado la inmigración, tal como se presentaba en los primeros establecimientos de colonos?

14 WARREN S. THOMPSON and P. K. WHELPTON, *Population Trends in the United States*, New York, Mc-Graw Hill Book Co., 1933; Capítulo IX; *Population Growth From Immigration and Natural Increase*, pp. 292-311.

7. Justamente se ha hecho observar a tal respecto, que también en Europa, donde no tuvo lugar inmigración sino emigración, la natalidad estuvo, en la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX, en neta disminución, y que en América la disminución de la natalidad, en la población nativa, había precedido a la afluencia de los inmigrados (Willcox¹⁵ Gillette), y finalmente que la disminución de la natalidad bien podría atribuirse a causas diversas de la inmigración, tales como, en particular, la industrialización y el urbanismo.

Goldenweiser atribuye importancia exclusiva precisamente a estos últimos factores.¹⁶ La industrialización y el urbanismo serían, según su tesis, las causas, bien sea del aumento de la inmigración, o de la disminución de la natalidad; pero entre la inmigración y natalidad no habría ninguna conexión directa. Dicho autor refutaba así —y creo que es el único, por lo menos hasta hace pocos años, entre los hombres de ciencia americanos de cierta fama— el fundamento mismo de la teoría de Walker.¹⁷

Más versado en los modernos métodos de investigación cuantitativa, Gillette —a quien se debe el análisis más profundo de esta cuestión— sometió el asunto a la prueba de las correlaciones parciales y totales en el espacio y en el tiempo, llegando a la conclusión de que es innegable una influencia del urbanismo, pero que, tras haber eliminado tal influencia, subsiste una correlación negativa —y otra correlación, del orden del 80 o 90 por ciento— entre el tanto por ciento de los nacidos en el extranjero en la población general americana y la natalidad de la población nativa, precisamente de conformidad con lo que era de preverse basándose en la teoría de Walker.¹⁸

8. No confirman, así, pues, los datos estadísticos, las previsiones de la teoría de Walker. ¿Estará, por lo tanto, autorizado el considerar tal teoría como esencialmente correcta?

La respuesta de los hombres de ciencia americanos ha sido y es afirmativa. La respuesta exacta debe, al contrario, ser negativa. Es éste un

15 Cfr. op. cit., 102.

16 E. A. GOLDENWEISER. *Walker's Theory of Immigration*, en "American Journal of Sociology", Vol. 18, N° 3. Noviembre de 1912. pp. 342-351.

17 No faltan autores que hallan seguido a Goldenweiser, por ejemplo, Maurice A. Davie. *Immigration and the Declining Birthrate*, in "Scientific Monthly", Vol. IX, pp. 68-76; Cfr. particularmente págs. 73-75.

18 J. M. GILLETTE. *Immigration and the Increase of Population in the United States*, in "Social Forces", Vol. 5, N° 1, septiembre 1926 pp. 37-51.

ejemplo — no ciertamente el único, pero sí uno de los más característicos— de los errores a que puede conducir una aplicación técnicamente correcta, pero lógicamente falaz, del método de la correlación.

Daremos la demostración de tal aserto, pero no antes de haber hablado del fundamento teórico de la teoría americana. Puesto que los americanos, amantes de los datos concretos, más que inclinados a especulaciones teóricas, han fijado especialmente su atención en la documentación de Walker, no debe olvidarse que siglo y medio antes de Walker, partiendo precisamente de la misma base sobre la cual, medio siglo después, había de construirse la teoría malthusiana, era cabalmente formulada en América, por Benjamín Franklin, una verdadera y propia teoría de los efectos demográficos de la inmigración y la emigración, que bien merece ser atentamente considerada.

III. *Los supuestos en que se funda la teoría americana*

9. Benjamín Franklin escribía:

“La importación de extranjeros en un país que cuenta con tantos habitantes como comportan las presentes condiciones de trabajo y de subsistencia, no provoca en definitiva ningún aumento de población, a no ser que los que lleguen tengan mayor capacidad productiva o más frugalidad que los nativos, en cuyo caso podrán éstos disponer de mayores medios de subsistencia y aumentarán consiguientemente de número, eliminando poco a poco a los nativos. Y no es necesario hacer venir a extranjeros para que ocupen los vacíos ocasionales que se produzcan en la población del país, puesto que éstos serán pronto colmados por la reproducción natural. ¿Quién podría hoy encontrar los vacíos determinados en Suecia, Francia, u otras naciones belicosas por la epidemia de heroísmo que hizo presa hace cerca de cuarenta años, y análogamente en Francia por la expulsión de los protestantes, en Inglaterra por la población de sus colonias, en la Guinea por una secular exportación de esclavos que ha coloreado a media América? La escasez de habitantes de España es debida al orgullo nacional, a la ociosidad y a otras causas más que la expulsión de los moriscos o a nuevas colonizaciones.

“No hay en esencia ningún límite a la prolificidad de las plantas y de los animales, salvo el que impone su abundante presencia en un lugar y la recíproca concurrencia de los medios de subsistencia. Si la superficie terrestre permaneciese privada de otras plantas, sería gradualmente cu-

bierta por una sólo especie, por ejemplo, el hinojo, y, si fuese privada de otros habitantes, en poco tiempo sería ocupada por una sólo nación, por ejemplo, los ingleses. Así se supone que hoy viven en América más de un millón de ingleses, (aun cuando se cree que apenas 80,000 vinieron de ultramar) y no obstante, no faltan éstos en la Gran Bretaña, sino, al contrario, hay muchos más, a consecuencia del trabajo que las colonias proporcionan a las manufacturas de la madre patria. Este millón, aunque tan sólo hubiese de doblarse en veinticinco años, superará en el próximo siglo a la población de Inglaterra, y la mayoría de los ingleses se hallará en esta parte del Atlántico.

“En conclusión, una nación se asemeja a un pólipo. Cortadle un tentáculo, y no tardará en regenerar; cortadle dos, y renacerá rápidamente del cuerpo restante. Si tenéis bastante espacio y medios de subsistencias, así como puede obtenerse de un pólipo otros diez semejantes por división, de una pueden salir diez naciones igualmente populosas y potentes, o más bien se puede decuplar una nación en número y fuerza.”¹⁹

10. La formulación hecha por Franklin es, en substancia, correcta, lo cual puede llevarnos a creer que su teoría es substancialmente exacta. Pero esto no significa de ningún modo que encuentre comprobación en los hechos. Una teoría es, en verdad, un conjunto de proposiciones lógicamente coordinadas que, partiendo de ciertas hipótesis, conduce a determinadas conclusiones, las cuales, empero, pueden hallar comprobación en los hechos tan sólo en la medida en que se comprueben las hipótesis de que se ha partido.

La teoría de Franklin partía de las siguientes hipótesis, explícitamente declaradas:

1) Que el territorio tenga toda la población que comportan las posibilidades de trabajo y los medios de subsistencia; en otros términos, que se halle demográficamente saturado;

2) Que inmigrados o emigrados no se diferencien de la población nativa ni por su capacidad de producción ni por sus exigencias de consumo.

A las cuales hay que añadir la hipótesis implícita:

19 BENJAMÍN FRANKLIN. *Observations concerning the Increase of Mankind and the Peopling of Countries*, en *Works*, Sparks Edition, 1840; ver particularmente pp. 318-320. Esto lo escribía Franklin hacia 1751.

3) Que exista una presión de la población mediante la cual todo vacío que se produzca sea rápidamente colmado.

11. Las hipótesis 1 y 3 son las mismas que debían más tarde constituir los puntos de partida de la teoría malthusiana.

Ahora bien, la primera hipótesis muy raras veces responde a la realidad. Responde tan sólo quizá en las regiones más densamente pobladas de la India, la China y el Japón; ciertamente, estaba lejos de comprobarse en América, que Malthus debía precisamente citar como la tierra en que la población podía acrecentarse sin el freno de los medios de subsistencia.

Pero tal cosa no es en verdad necesaria para que sean autorizadas las conclusiones a que llegó Franklin. Basta para ello una hipótesis más amplia: la hipótesis de que la población se encuentra en una condición de equilibrio estable, cosa que naturalmente puede ocurrir a un nivel muy inferior al punto de saturación demográfica.

Mientras que en realidad el punto de saturación demográfica está determinado por una parte por los recursos del país y por otra por la potencialidad productiva y por las necesidades fisiológicas de sus habitantes, al determinar el punto de equilibrio intervienen, en cambio, —o pueden en todo caso intervenir— también el deseo de artículos de consumo parcial o totalmente de necesidad secundaria, y la resistencia a aumentar la producción hasta el grado máximo que permitan los recursos territoriales, factores ambos subjetivos, influidos a su vez por una serie de circunstancias de carácter físico y psíquico, tales como la resistencia orgánica, la psicología del trabajo, el instinto de reproducción, la preocupación por el porvenir de los descendientes.

La interdependencia entre estos varios factores da estabilidad al equilibrio, en el sentido de que toda perturbación de éste, cuando no excede de ciertos límites, provoca una reacción de sentido contrario, que restablece la situación anterior al factor que la perturbó. Partiendo de tal hipótesis, es verdad que toda afluencia de inmigrantes, haciendo más lenta la generación y elevando la mortalidad, o provocando la partida de nativos, no producirá en definitiva un aumento de la población, así como es verdad que toda disminución operada por emigración, dando impulso a la natalidad, o disminuyendo la mortalidad, o haciendo acudir a elementos de otros países, restablecerá la situación inicial.

Formulada así la primera condición, resulta inútil añadir la relativa a la presión de la población, pues ya está implícita en la existencia de fuerzas reequilibradoras.

Pero convendría añadir, en cambio, para ser precisos, una nueva condición: que la perturbación se mantenga dentro de ciertos límites, al rebasar los cuales se rompe el equilibrio, adquiriendo el sistema una configuración diversa.

Así, puede pensarse que la emigración irlandesa, que ha persistido durante ochenta y cinco años hasta hacer descender la población del país hasta la mitad de la cifra precedentemente alcanzada, haya dado lugar a una nueva sistematización de la sociedad, en la cual no es de esperar que el número de los habitantes aumente hasta el nivel primitivo. A la inversa, la afluencia en brevisimo tiempo a un país de una masa de inmigrantes que exceda con mucho a la capacidad de absorción del mercado, provoca una crisis, cuya gravedad puede ser tal que dé lugar a un nuevo equilibrio demográfico. La capacidad de absorción de una población varía según los recursos y la organización económica del país. En Australia, en un sólo año, la inmigración se acercó, sin llegar a él, al tres por ciento de la población, y los estadísticos locales creen que ese tanto por ciento no podría mantenerse continuamente.²⁰

Por otra parte, deberá añadirse a la condición de una igual capacidad de producción y exigencias de consumo la desigualdad en aptitud reproductiva, pues es este también un factor que interviene para determinar el punto de equilibrio demográfico.

12. Las hipótesis para la validez de la teoría americana se pueden, por lo tanto, precisar como sigue: 1) equilibrio estable de la población; 2) emigración e inmigración que no rebasen los límites de la actual sistematización social; 3) paridad entre nativos, emigrados e inmigrados en cuanto a capacidad productiva, exigencias de consumo y aptitud reproductiva.

Hemos examinado anteriormente lo que ocurrirá cuando la hipótesis 2 no se cumple, lo cual ocurre tan sólo excepcionalmente. En los párrafos siguientes examinaremos, ante todo, sí y cuándo se compruebe la hipótesis 1 y, en caso negativo en qué sentido se aparte de la realidad, y cuáles sean las consecuencias, y sucesivamente pondremos de relieve el hecho de que, en general, no se comprueba la hipótesis 3, con efectos de radical importancia desde el punto de vista demográfico y económico.

20 Ver CHARLES H. WICKENS. *Australia and its Immigrants*, en "Proceedings of the World Population Conference", London, Arnold, 1927, pp. 312-324, particularmente pág. 322.

IV. Conciliación de la teoría europea y la teoría americana

13. La concepción del equilibrio social ha permitido alcanzar uno de los más brillantes resultados de la sociología moderna, conciliando y coordinando teorías que parecían irremisiblemente contradictorias. Tal linaje de teorías se encuentra en muchos campos de las ciencias sociales. Las teorías europea y americana sobre la emigración no son más que uno de tantos ejemplos. Otros, entre muchos, de tales ejemplos, nos los deparan las teorías acerca de los efectos de las guerras, que, según Malthus, constituyen uno de los remedios para corregir la superpoblación, y, según otros autores, no alteran en definitiva la curva de la evolución de la población; así como las teorías acerca de la repercusión que un aumento de la mortalidad produce en la natalidad, provocando, a juicio de algunos autores, un aumento como compensación de las pérdidas sufridas en la población y, a juicio de otros, contrariamente, rebajando el nivel; y las teorías sobre la influencia del alza de los precios que —según suele afirmarse— restringe el número de los compradores, reduciendo así el número de las transacciones, al paso que, según de contrario se afirma con no menos frecuencia, intensifica la actividad en la producción y en los cambios. Los que quisieren hallar ejemplos de tales contrastes pueden leer en la “Rivista di Politica Economica” de diciembre de 1935 el artículo titulado *Tentativa de armonizar teorías contradictorias y observaciones opuestas en el campo de los fenómenos sociales* o las versiones en inglés —desarrolladas sobre algunos puntos— que han aparecido en “Rural Sociology” de junio de 1937, en los Estados Unidos, y en la India, “Journal of the Social Science” de diciembre del propio año.²¹

La conciliación entre tales opuestas teorías pueden hallarse observando que el mismo fenómeno puede representar, cuando se produce en una sociedad en equilibrio, un elemento de perturbación, cuyos efectos son corregidos antes o después por los mecanismos de reequilibrio que caracterizan al organismo social, y puede, en cambio, constituir el mismo correctivo para un equilibrio que se había producido precedentemente en el organismo social.

Por lo que respecta en particular a los efectos de la emigración y la inmigración, hemos demostrado en el párrafo precedente que, sobreviniendo en un momento en que la población se encuentra en condiciones de

21 Ver igualmente *Prime Linee di Patologia Economica*; 4ª edición, Giuffrè. Milán, 1935, particularmente pp. 139 y 504-507.

equilibrio estable, provocan en la natalidad y en la mortalidad reacciones a propósito para volver la población al nivel de partida, según la tesis de la teoría americana. Cuando en cambio, la emigración tiene lugar en un país superpoblado, o la inmigración en un país en que la población no haya alcanzado todavía su nivel de equilibrio, aquélla puede efectivamente disminuir y ésta aumentar el número, según la tesis de la teoría europea. En el caso particular de que la inmigración se produzca cuando la población no sólo no haya alcanzado el nivel de equilibrio sino ni tan sólo haya llegado a su *optimum* dinámico, en vez de reproducir el incremento natural y en particular la natalidad de la población nativa, puede acrecentarlos y llegar así, en la cifra total de la población, a un aumento superior al número total de los inmigrados.²²

Teoría americana y teoría europea, son, pues, ambas verdaderas en cuanto cada una de ellas responde a la realidad de hipótesis particulares, y ambas falsas, en cuanto se les quiere atribuir un valor universal.

14. Ahora bien, ¿cuáles son, de hecho, las hipótesis que se comprueban en la época contemporánea, en la sociedad europea y en la sociedad americana, y cuál es, consiguientemente, la teoría que se aplica, o se aplica mejor, a las corrientes migratorias de nuestra época?

Alguien podría observar que si una sociedad se halla en equilibrio estable no debe dar lugar ni a emigraciones ni a inmigraciones, así que, si se verifican emigraciones o inmigraciones, ello significa que estamos en presencia de un desequilibrio, según la hipótesis que constituye el punto de partida de la teoría europea, la cual, por consiguiente, resultaría siempre aplicable.

Pero el argumento es especioso, puesto que, en realidad, los movimientos migratorios, por ser abandonados a la iniciativa individual, se producen bajo el estímulo de los intereses y los sentimientos personales de los emigrantes, los cuales pueden sentirse inducidos a emigrar de países en que no existe ninguna superpoblación, incluso de países demasiado débilmente poblados, así como pueden sentirse inducidos a inmigrar en países donde no haya escasez sino, al contrario, superabundancia de población. Puesto que, incluso prescindiendo de razones extraeconómicas, a pesar de que éstas determinan muy a menudo los movimien-

²² Ver a este propósito, *Teorie della Popolazione*, Roma, Castellani, 1945, Apéndice III: *La curva di sviluppo della popolazione tenendo conto delle emigrazioni e dei fenomeni di iper reazione*, pp. 144-145.

tos migratorios, no puede decirse que las condiciones de equilibrio se establezcan para todos los países al mismo nivel, de tal modo que una condición de equilibrio demográfico para un país favorecido por sus recursos naturales y por la calidad de la población puede ser, desde el punto de vista económico, preferible a las condiciones que concurren en otro país, pobre y de población perezosa, aunque ésta no haya alcanzado todavía su nivel de equilibrio.²³

Al lado de las hipótesis consideradas anteriormente, es decir, la de que la emigración y la inmigración se produzcan en países equilibrados demográficamente, y la de que la emigración se produzca en un país superpoblado y la inmigración en un país escasamente poblado —deberán, por lo tanto, ser tomadas en cuenta también las hipótesis de que haya inmigración en un país superpoblado y emigración en un país escasamente poblado. En esta última hipótesis, evidentemente, se verificará una reacción en el mismo sentido, pero todavía más intensa, que la que se verifica en el caso de que la población se halle en equilibrio demográfico, de acuerdo con la teoría americana.

Así pues, el aplicar la teoría europea o la teoría americana a la emigración contemporánea es cosa que no puede decidirse sino partiendo de una investigación concreta sobre un caso específico. Tales investigaciones sugerí, para América, al Sr. Wendell H. Bash, de la Universidad de Harvard, cuando, hace algunos años, fui llamado allí para enseñar sociología, y contemporáneamente, para los países europeos, a la Dra. Giorgina Levi della Vida, de la Universidad de Roma. Indicaré aquí brevemente las conclusiones a que se puede llegar.²⁴

23 Ver a este propósito, *Las bases científicas de la política de población*, curso dado en la Universidad de Roma, bajo la dirección del Dr. Giulio Rugiu. Instituto de Estadística de la Real Universidad de Roma, 1931, Cap. IV: Los índices de la super-población, N° 4: *El tercer criterio: La Emigración*, pp. 66-76.

24 BASH, como "graduate student" de la Universidad de Harvard ha examinado el problema de la natalidad de los Estados Unidos de América frente a la emigración, en un trabajo titulado *Migration and Population*, que sucesivamente ha reelaborado de acuerdo con mis sugerencias, pero que todavía no ha sido publicado. La Dra. Giorgina Levi della Vida (actualmente Sra. Georgina Amadasi) asistente de la cátedra de sociología de la Universidad de Roma ha estudiado los *Effetti delle emigrazioni sul movimento naturale della popolazione*, en Alemania, Inglaterra, Irlanda y particularmente Italia, en un trabajo hasta ahora inédito. Por lo que respecta a los países europeos, los resultados expuestos en el texto se basan aparte de las investigaciones Della Vida, en otros autores, principalmente Jerome, citado en la nota siguiente, y finalmente en estadísticas consultadas directamente.

15 Significativa —aunque no absolutamente probatoria— es para América la constatación hecha en los estudios sobre el particular, de que las corrientes migratorias de Europa dependen más de las condiciones del mercado americano que de las de los mercados europeos.²⁵ Aún teniendo en cuenta lo anteriormente apuntado acerca de los movimientos individuales en las emigraciones, el hecho de que la inmigración europea en América se produzca por una atracción del ambiente americano más que por impulsión del ambiente europeo, sugiere en verdad que ésta responde a una necesidad del mercado americano y que se verifique así en éste la suposición de la teoría europea de una población que no ha alcanzado todavía su nivel de equilibrio.

Tal conclusión viene confirmada por la observación de que cuando la emigración, por efecto de las medidas restrictivas que todos conocemos, disminuyó en gran medida, la natalidad no se acrecentó, tal como habría tenido que suceder según la teoría americana, sino que continuó decreciendo.

Si añadimos que la natalidad había comenzado a decrecer, en las zonas colonizadas de América, antes de que la emigración asumiese importancia, parece claro que la correlación entre la disminución de natalidad de la población nativa y el tanto por ciento de los inmigrados en la población general, de que nos hemos ocupado en el número 7, no indica una influencia deprimente de la inmigración sobre la natalidad, según la tesis americana, sino, al contrario, una influencia de la disminución de la natalidad sobre la inmigración, como si la insuficiencia de la primera provocase tras algún tiempo la afluencia equilibradora de la segunda, de acuerdo con la teoría europea.

16. De menos fácil y segura interpretación son los fenómenos emigratorios de Europa. Y, sobre todo, su interpretación, cambia con el tiempo y el lugar.

Cuando, como ocurrió durante algunos períodos, en Irlanda y Alemania, precediendo al aumento de la corriente emigratoria o al mismo tiempo que ésta, tenía lugar un acrecentamiento de la mortalidad, parece evidente que nos hallemos en presencia de una superpoblación, que la emigración tendiese a equilibrar.

25 HARRY JEROME. *Migration and Business Cycles*. New York, National Bureau of Economic Research, 1926.

Pero, aún cuando no se haya producido un recrudescimiento del aumento de la mortalidad, no puede excluirse que el nivel de equilibrio haya sido sobrepasado, pudiendo darse que, en la libertad completa o casi completa de emigración que por tanto tiempo ha dominado en Europa, entrase en funciones la emigración, como válvula de seguridad, apenas se manifestaba una superpoblación, evitando así la intervención de otros frenos represivos.

Un examen de las vicisitudes de la emigración europea nos persuadirá, por otra parte, de que la superpoblación que la determinó fué casi siempre parcial, limitada a veces al sector artesano como consecuencia de la transformación técnica de la industria limitada, con más frecuencia al sector agrícola, y por lo general, tan sólo a la agricultura de alguna parte del país, a consecuencia de una cosecha deficiente. La lentitud con que hoy —y todavía más en el pasado— la estructura económica de las naciones modernas puede adaptarse a los cambios del mercado, hacía que la industria y el comercio, generalmente en proceso de desarrollo, no pudiesen absorber inmediatamente a los artesanos sin trabajo o la mano de obra rural momentáneamente en exceso; ésta y aquéllos se expatriaban siguiendo la línea de menor resistencia.

Se presentaba, pues, el desequilibrio no tanto por un descompensado crecer de la población cuanto por una súbita disminución del nivel de equilibrio, determinada por un empeoramiento de las condiciones del país.²⁶ En el caso de superpoblación determinada por deficiente producción de la agricultura, la característica sucesión de las cosechas hacía que el nivel de equilibrio volviese a elevar inmediatamente después la población, disminuída por la emigración, se hallaba así notablemente más baja que dicho nivel, y recibía estímulo para acrecentarse rápidamente. Mientras la emigración intervenía en tal caso a consecuencia de un exceso de población, de conformidad con la teoría europea, provocaba, por efecto de la situación, que había cambiado bruscamente, una reacción en el sentido de la teoría americana.

26 Para la influencia, que, sobre los ciclos demográficos ejerce la baja del nivel de equilibrio, seguido de peores condiciones de vida, ver la *Teorie della Popolazione*, citada más arriba, pp. 84-85, o también el texto inglés de la conferencia *A coordination of the different Population Theories*, sustentada en 4 de septiembre de 1914 en la Sociedad de Estadística de Estocolmo, y publicada en la "Revue de l'Institut International de Statistique" (1943, fasc. 1-2); Cfr. página 56.

Es por otra parte innegable que en ciertos períodos, y particularmente en ciertas naciones, la emigración ha sido determinada o intensificada por la atracción ejercida por perspectivas que se presentaban en las nuevas tierras de Ultramar, no sólo en aquellas a que nos hemos referido, de América del Norte, sino también en las de América del Sur, particularmente para los pueblos latinos, y en las dependencias y dominios británicos para los pueblos de lengua inglesa. Razones de carácter familiar, lazos de parentesco o amistad, la imitación o la propaganda tendían después de prolongar tales atractivos, aún cuando hubiesen desaparecido las razones intrínsecas. Muchas veces ocurrió así que una emigración, en ocasiones importantes, se produjera en períodos en que la población permanecía en Europa por debajo del nivel de equilibrio, provocando una intensificación del acrecentamiento natural de los países de partida.

Tras una ojeada sintética a la emigración europea se obtiene la impresión de que para muchos países ésta representó una válvula de seguridad que, hasta la primera guerra mundial, funcionó con gran sensibilidad y rapidez, truncando en su origen situaciones incómodas, si no peligrosas; pero por otra parte no nos podemos substraer a la duda de que en la mayoría de los casos se tratase de situaciones pasajeras, que, con mayor fuerza de resistencia por parte de la población o con una oportuna política económica por parte del gobierno, se habrían podido resolver sin dispersar, con ventaja para los demás, las fuerzas productivas nacionales que después era necesario forzosamente reconstruir.

Vale la pena tratar de apreciar cuáles fueron, para los países de inmigración, tales ventajas, sobre todo desde el punto de vista económico.

V. La aportación económica de la inmigración

17. Al examinar en los párrafos precedentes los efectos que causa la inmigración sobre la población según la teoría americana o según la teoría europea, he supuesto explícitamente que los inmigrados no difieran sistemáticamente de los nativos, cuyo lugar pasan a ocupar, o a los cuales se agregan, ni en laboriosidad ni en la frugalidad, como decía Franklin —o, como más generalmente y mejor puede decirse, ni en capacidad de producción ni en exigencia de consumo— así como tampoco en poder reproductivo. Esto ciertamente no es así. Procedentes de países de población generalmente exuberante, de clases trabajadoras, y especialmente de clases trabajadoras rurales, con frecuencia familias numerosas, los inmigrados,

en general, están dotados de un alto poder reproductivo y acostumbrados a una vida de trabajo y de economía que hacen que su aportación a la población resulte de hecho superior a lo que sería de esperar según la hipótesis de la paridad, ya sea porque elevan directamente el acrecentamiento natural medio de la población, ya sea por determinar indirectamente condiciones económicas que permiten un mayor desarrollo en el futuro. Es verdad que tales dotes con frecuencia se atenúan con el tiempo, bajo la influencia del nuevo ambiente, pero ello no obsta para que durante las primeras o al menos durante la primera generación ejerzan su influencia. Muchas veces se presenta también la influencia de un espíritu aventurero y de una fuerte independencia de carácter, cualidades que concurren para impulsar a los inmigrados a abandonar su país para aventurarse por países desconocidos.

Todas estas circunstancias, por importantes que puedan ser, resultan secundarias al lado de otra que, con paridad de cualidades intrínsecas, influye radicalmente en la contribución que los inmigrantes aportan a la producción y a la reproducción de la población: la edad. Los inmigrados son, en verdad, en su gran mayoría adultos y se hallan muchos de ellos en la flor de la edad. Poco tributo pagan a la muerte, y alta contribución aportan a la reproducción de la población, aunque esta última sea atenuada por la diferencia numérica en los sexos. Pero, sobre todo, en calidad de adultos, dispensan a la nación que los acoge de los gastos de educación y mantenimiento de las nuevas generaciones.

Deseo en particular insistir en este último punto, de cuya importancia no todo el mundo se da cuenta, con referencia especial a la inmigración en los Estados Unidos de Norteamérica.

18. Veintisiete millones y medio de inmigrados, casi todos europeos, generalmente en la flor de la edad y en plenitud de fuerzas, se establecieron durante el período 1820-1930 en el territorio de Estados Unidos. No cuento los repatriados, más de 12 millones. Me detengo en el año 1930, ya sea porque a éste o a los años inmediatamente precedentes se refieren todos los datos necesarios para el cálculo, ya sea porque tal año ha señalado un punto decreciente de la prosperidad americana, y yo, para dar mayor apoyo a mi argumentación, deseo colocarme en las condiciones menos favorables para mi tesis. De 1802 a 1912 puede calcularse que en Estados Unidos tuvieron lugar cerca de 142 millones de nacimientos, y de éstos poco más de dos tercios llegaron a edad adulta (18 años). La inmigración ha contri-

buido pues, en casi el 30 por ciento, a las nuevas generaciones de trabajadores americanos.

19. Nos preguntaremos: ¿Qué fracción de la riqueza nacional americana puede haber representado la aportación económica de estos inmigrados? Yo realicé tal cálculo hace ya algunos años, y fuí invitado a exponer los resultados de los mismos varias veces, en conferencias y en revistas italianas y extranjeras,²⁷ los cuales son ciertamente impresionantes. Me limitaré aquí a resumirlos.

Es necesario, naturalmente, partir de las investigaciones sobre el valor del hombre, a las cuales no han dejado de dedicar su atención los estadistas americanos. Según cálculos realizados, precisamente en 1930, por los mejores especialistas en la materia (Dublin y Lotka), un americano que hubiera alcanzado los 18 años costaba entonces, suponiendo un interés del 3.5% al año, cerca de 10,000 dólares y su valor actual en réditos netos futuros, debidamente descontados del interés ya indicado, era de casi 30,000 dólares.²⁸

Aceptando por un momento la tesis americana —que ya hemos reconocido como infundada— según la cual los inmigrados europeos no habrían hecho otra cosa que ocupar el puesto de otros tantos nativos, con que los americanos se habrían acrecentado, la aportación económica de los inmigrados estaría cifrada en los gastos de educación y manutención de un igual número de americanos. Admitiendo que las sumas ahorradas hubieran sido invertidas con un interés anual de 4% (interés módico para América, en el conjunto del período que estamos examinando), la aportación económica de los inmigrados habría representado, en 1930, en moneda de aquel año, una suma de más de 2,200 billones de dólares. Disminuyendo el interés hasta un modestísimo 3% sería aún de 1,200 billones.

27 Los resultados de un primer cálculo fueron expuestos en la conferencia *Emigrazione e Colonie*, citada en la nota 2, sucesivamente reelaborada, fué finalmente sustentada en otra conferencia con el título de *América: stirpe di lavoratori* (Un perfilo del Nord-América), en el Centro Italiano de Estudios Americanos, en diciembre de 1939, y ampliada y con documentación, en el artículo *Europa und Amerika: zwei Welten*, publicado en el "Weltwirtschaftliches Archiv", julio de 1940. El asunto incluido en un cuadro más amplio se encontrará en un artículo titulado: *Una società "laborista"*, aparecido en junio de 1940 en la "Revista de Política Económica" y traducido al español en la "Revista Mexicana de Sociología", Vol. I Nos. 1 y 2.

28 Ver L. I. DUBLIN and A. J. LOTKA. *The Money Value of Man*. Ronald Press Co., New York, 1930.

Si medimos la aportación económica de los inmigrados, no por su costo en el pasado, sino por su rendimiento en el futuro, lo cual es ciertamente más plausible, pues, como ya se ha visto, los inmigrados no substituyen a los nativos, según la teoría americana, sino que en gran parte se añaden a ellos, según la europea, es posible también tener en cuenta su composición por edades, calculando el valor medio por cada categoría de edades. La aportación económica de los inmigrantes resulta según tal método de más de 6,000 billones de dólares, admitiendo un interés de 4%, y de cerca de 3,000 con un interés de 3%.

Aquel que, como yo, crea que la evaluación del valor prospectivo de un norteamericano, hecha por los especialistas ya citados, resulta exagerada, deberá aplicar a tal resultado una reducción; y tanto más cuanto que, aunque el costo de 10,000 dólares para un adulto puede considerarse como válido para los dos sexos, el valor prospectivo de 30,000 dólares, calculado para un hombre, no puede hacerse extensivo a una mujer; pero, aunque admitiéramos que la reducción fuese de más de dos tercios, y que el valor prospectivo medio de los norteamericanos de los dos sexos que han alcanzado la edad madura no sobrepasara su costo medio de educación y manutención, se alcanzarían las cifras de 2,000 y 1,000 billones de dólares respectivamente. Podría realizarse otra reducción para tener en cuenta la circunstancia de que los gastos de educación y manutención, incluso calculados uniformemente en moneda de 1930, se acrecentaron probablemente durante el período 1820-1930, y por lo tanto debían ser por término medio, durante tal período, inferiores a los de 1930. Pero, aunque se quisiera llevar la reducción por tales consideraciones a la mitad de las cifras obtenidas, se llegaría siempre, para la aportación económica de los inmigrados, a cifras del orden de 1,000 y 1,100 billones de dólares, suponiendo un interés del 4%, y de 500 a 600 billones, con un 3%. Ahora bien, en 1929 la riqueza conjunta de los norteamericanos era en 362 billones de dólares.

No se tomaron en cuenta, en los cálculos ya citados, los envíos que los inmigrantes hicieron a sus países durante su estancia en América o su repatriación, y tampoco los peculios e indumentos, objetos personales o de trabajo que los inmigrantes trajeron consigo, o el incremento producido con su trabajo en la riqueza americana por los inmigrantes que finalmente se repatriaron. Los cálculos realizados muestran, sin embargo, que las tres partidas pueden ser del mismo orden, y que la primera no compensa en ningún modo a las otras dos; de tenerlas en cuenta, no habría que restar

nada, y sí añadir, a los resultados alcanzados con el fin de calcular la aportación económica de los inmigrados.

Por más que queramos atormentar a las cifras, es imposible escapar a esta conclusión: no es que la aportación económica dada a Norteamérica por la inmigración haya representado una fracción de la riqueza actual americana, es la actual riqueza americana la que representa una fracción de la aportación económica de los inmigrados. Pero en lugar de producir una creación excepcional de riqueza, los norteamericanos, en realidad, no han sabido ni tan solo ahorrar o invertir siquiera al modestísimo interés del 3% las economías que la afluencia de inmigrados les permitían realizar sobre los gastos de manutención y educación de las nuevas generaciones.

20. Naturalmente, no pretendemos con ello afirmar que, en caso de no existir la inmigración, los Estados Unidos no poseerían hoy ninguna actividad patrimonial y estarían cargados de deudas. Sin la aportación de la inmigración, habrían tenido que trabajar más duramente y ahorrar más rigurosamente: es cierto, dispondrían hoy de una riqueza nacional, aunque muy inferior a la actual. Pero subsiste el hecho de que, en las condiciones de trabajo y de consumo en que se ha desarrollado la historia de los Estados Unidos de Norteamérica, la gran riqueza que tanto poderío les da hoy en día aparece como fruto exclusivo de los ahorros que realizó la inmigración. Esto ha hecho decir, en cierto sentido muy justamente, que la riqueza de América es un regalo de Europa. Y muchos —aunque apreciando la generosidad de América— encontrarán natural que, en tales condiciones, algunas migajas de riqueza caigan, tal vez, de la opulenta mesa de los hijos enriquecidos al modesto plato de la madre patria.

Los hechos de que el regalo no fuera intencional, de que quizá los inmigrados, si se hubieran quedado en su patria, habrían representado por ésta más bien una carga que una ventaja, son cuestiones que no afectan el alcance de esta conclusión, a la que hemos llegado, para juzgar la aportación económica de la inmigración. Y tampoco la afecta la consideración de que los gastos de manutención y educación fueron, para los inmigrantes, menores de lo que habrían sido para América.

Estas observaciones tienen su importancia para otra cuestión: la cuestión —que trataremos en los siguientes párrafos— de la armonía o de la oposición de intereses a que la emigración da lugar entre países de partida y países de llegada.

21. Volviendo, para concluir, al argumento del que habíamos partido, debemos decir que la particular laboriosidad, espíritu de empresa, reproductividad, de que, a iguales condiciones de edad están dotados los inmigrantes, y sus necesidades más reducidas, hacen que éstos contribuyan al incremento de la población más de lo normal, pero aumenta aun más este efecto su singular composición por edades, sea por el mayor acrecentamiento natural que tiene por consecuencia, sea por el ahorro que ello representa. La abundancia de recursos materiales consiguientes desplaza por otra parte, el equilibrio demográfico. De este modo, América no sólo está más poblada de lo que estaría sin inmigración, sino que es mucho más rica, presentando mayor margen para un ulterior aumento de población.

Viceversa, las naciones de Europa no solo perdieron, en los inmigrantes, elementos particularmente prolíficos y avezados a la fatiga, muchas veces dotados de particular iniciativa, independencia de carácter, sino que, además, se empobrecieron sosteniendo, con pura pérdida, los gastos de su manutención y educación. Es posible, hasta verosímil, que frente al peligro de la superpoblación la emigración haya sido un mal menor; pero, de todos modos, fué un mal. Por una parte, disminuía la población; por otra, bajaba el nivel en el cual podría restablecerse.

Cuando se consideran las características diferenciales de los inmigrantes, los resultados de las migraciones internacionales resultan aún más conformes con la teoría europea y más alejados de la americana.

VI. *Armonías y antítesis en la emigración europea hacia Norteamérica*

22. Hace tiempo leí en no recuerdo qué obra de meteorología que hay un antagonismo entre las condiciones climatéricas de Norteamérica, por una parte, y, por otra, los países de Europa occidental y central, que sufren la influencia del mar que los baña, de tal modo que cuando dichas condiciones son favorables en una orilla del Atlántico, resultan desfavorables en el otro, mientras que existe concomitancia entre las condiciones climatéricas de Estados Unidos de América y las de las grandes llanuras continentales de la Europa oriental.

Si tal cosa sucede, ello puede contribuir a explicar la antítesis que ha venido acentuándose en los últimos periodos de la historia contemporánea entre la oferta de emigración por parte de Europa y la demanda de inmigración por parte de Estados Unidos.

23. Al principiar la colonización, los países nuevos, dejando aparte las condiciones más o menos favorables del mercado agrícola o industrial, tienen hambre de mano de obra, pues grandes zonas de tierra esperan el cultivo en interés de la economía, la seguridad interna, el poderío del país. Así ocurrió en América durante el período colonial.

Después, cuando la agricultura ha ocupado, si no todas las tierras disponibles, todas las tierras buenas, el deseo de inmigrantes depende de las circunstancias: bien acogidos en períodos favorables, cuando las buenas cosechas hacen provechoso un cultivo intensivo son mal vistos en los malos años, en que no es fácil colocarlos, y la misma mano de obra indígena tiene dificultades. El problema se resuelve si los malos años del país de partida son años buenos en el de llegada, pues así la fuerza propulsora del país de inmigración se armoniza, en sus impulsos y sus descansos, con la fuerza atractiva del país de inmigración. Precisamente esto ocurrió en los movimientos migratorios entre Europa y América durante los períodos en que la prosperidad de América dependía sobre todo de la agricultura y la emigración europea se reclutaba sobre todo entre las clases rurales de la Europa occidental y central.

No tardó, sin embargo, en desaparecer esta armonía, ya sea porque, en la corriente migratoria europea se acreció la importancia de los emigrados de Europa Oriental, donde las condiciones agrícolas eran no complementarias, sino parecidas a las de América, sea porque la prosperidad de América pasó a depender principalmente de la industria. La actividad industrial, a diferencia de la agrícola, tiene un carácter general; los años de prosperidad y de crisis en Europa eran también los de América, y cuando un continente deseaba enviar emigrantes, el otro no estaba dispuesto a acogerlos; cuando el segundo habría deseado recibirlos, el primero se resistía a enviarlos.

Tras la fachada de las susceptibilidades raciales y de las declaraciones políticas, verosímilmente actuaban, como *primun movens*, las ya indicadas circunstancias para explicar la cambiada actitud de los Estados Unidos con relación a la inmigración europea.

24. Pero ciertamente a tal cambio han contribuído las variaciones que se venían acentuando en la posición social de las diferentes clases.

Los grupos mejor situados de una nación no ven en general con malos ojos la introducción en posición subordinada de grupos que consideran inferiores, complaciéndose en confiarles, más que a sus propios miembros, los oficios desagradables o menos honorables. Así los grupos anglo-sajo-

nes, que primero poblaron las tierras de Norteamérica, acogieron sin dificultad a los inmigrados que más tarde afluyeron de Alemania y los países nórdicos, y, después, de países mediterráneos, balcánicos y de Europa Oriental, ocupando el puesto, en las clases inferiores, de los antiguos norteamericanos que se remontaban en la escala social. Pero cuando, por la ley del mayor acrecentamiento de las clases bajas, imperante en la moderna civilización occidental, empezaron a elevarse representantes de los grupos recientemente inmigrados, ocupando tal vez puestos de mando, cundió la alarma, particularmente frente a los núcleos que por su lengua, costumbres y sentimientos se mostraban más unidos con su patria y menos asimilables a la sociedad americana. Contra la inmigración de mediterráneos, balcánicos y eslavos se polarizó así la resistencia de los grupos anglo-sajones, que todavía dominan en las clases dirigentes americanas.

25. Es difícil suponer cómo podrían atenuarse en la postguerra estas antítesis de intereses y de sentimientos, si no con la constitución de un complejo supra-nacional que, sobreponiéndose a los actuales Estados, redujera sus antagonismos a las proporciones de la saludable emulación que anima a los miembros de una misma comunidad política.²⁹

Pero, por otra parte, no es probable que las poblaciones europeas, de las que se nutría antes de la guerra en gran parte la inmigración americana, estén todavía dispuestas a ceder gratuitamente sus fuerzas de trabajo. Las familias y los Estados se daban ya cuenta, antes de la guerra que ha terminado hace poco, de las pérdidas que comportaba la emigración, pero se adaptaban a ella cuando las contingencias adversas impedían disfrutar de todos los elementos, y los hacían pesada carga para la sociedad.

Y todo hace creer que, pasado el período de reorganización que vendrá con la paz, los países de Europa en tendrán un gran acrecentamiento de población, y, atrasados como se hallan, económica y técnicamente, con res-

29 El paso de una organización política mundial de base nacional a otra base internacional, que ya se veía desde la pasada guerra como la única solución en la materia prima (Cfr. *L'Enquête de la Société des Nations sur la questions des matières premières et des denrées alimentaires*, "Metron", 1922 fsc. 1-2) se presenta hoy, a nuestro modo de ver, como la única vía indicada para resolver el problema de una cooperación económica internacional, a la que ninguna nación puede sustraerse, y la natural preocupación por salvaguardar la autonomía de los distintos estados. La cuestión se aborda en *Problemi del dopoguerra* (Roma, Migliaresi, 1944) y con mayor amplitud y documentación estadística, en diez artículos aparecidos, del 16 de junio al 18 de agosto de 1945 en el quincenal "1945".

pecto a Estados Unidos, sentirán la necesidad de gozar plenamente de las energías disponibles para recuperarse.

Verdad es —podrá objetarse— que una emigración se producía y se produce, sin inconvenientes, en el seno de las naciones, de los campos hacia las ciudades; pero la riqueza fácilmente acumulada en éstas, precisamente por la supresión de los gastos de educación y mantenimiento de los adultos que a ellas acuden, regresa luego a los campos con inversiones territoriales, mejoras, creación de fábricas, y la propiedad en definitiva regresa a ellos a través de los terrenos que dejan los ciudadanos sin hijos. Pero tales compensaciones no se producen, o lo hacen en parte mínima, en las relaciones entre Estado y Estado, no compensando como hemos visto, los envíos de los emigrados, los peculios e instrumentos exportados y el trabajo prestado en el extranjero por los repatriados.

También aquí se concluye que sólo la formación de complejos super-nacionales —haciendo partes de un todo a los países de inmigración y de emigración, asegurándoles comunidad de moneda, libertad de circulación de las mercancías, mano de obra y capitales, garantía de relaciones pacíficas permanentes— podrá establecer entre unos y otros aquella íntima colaboración que existe dentro de los Estados modernos, con mutuas ventajas, entre la ciudad y el campo.

26. Es oportuno que América y Europa se planteen sin ilusiones la alternativa que les aguarda de no hacerlo así. Existe —y la reciente guerra así lo ha demostrado— una marcada diferenciación desde el punto de vista industrial entre los Estados Unidos de Norteamérica y el resto del mundo, en el sentido de que los Estados Unidos, gozando de una aplastante superioridad, se hallan con respecto a los otros países en las condiciones en que, dentro de una nación, se hallan los centros manufactureros con respecto al resto del país. La división internacional del trabajo está tan avanzada que la especialización ha pasado del ámbito nacional al plano mundial. Pero esto exige un continuo afluir a las zonas industrializadas de la población de otras tierras. Si no se atenúan, mediante complejos supernacionales, las previsibles resistencias a la emigración de los pueblos de Europa que pueden sostenerla con el volumen y la continuidad necesarios, la industria americana deberá procurarse su linfa vital entre las razas de la América Central y del Sur. Pero éstas son en gran parte —63% de color.³⁰ Esto significa

30 Cfr. Para los datos aducidos en el argumento ROBERT R. KUCZYNSKI *Population movements*, Clarendon Press, Oxford, 1936. Ver. en particular, en el apéndice la distribución de las razas en América, págs. 109-110.

que, en el transcurso de pocas generaciones, las clases bajas de Estados Unidos estarán reclutándose entre razas de color, las cuales, presionadas por una mayor prolificidad, podrán después remontarse hacia posiciones directivas, ocupando el lugar de los grupos originarios, cada vez menos numerosos.

Prescindiendo de todo orgullo racial, aunque a ello se resisten bastante los blancos frente a las razas de color, nos preguntaremos cuáles serían los efectos sobre la grandiosa organización estadounidense. Es una pregunta que deberían plantearse en primer término los Estados Unidos, pero a la cual no puede permanecer indiferente Europa, ni el resto del mundo, pues los Estados Unidos —aunque gracias a la aportación económica y la iniciativa de los inmigrados europeos— son hoy el centro del progreso moderno, y éste difícilmente podría sustraerse, en caso de decadencia de los Estados Unidos, a un eclipse de incalculables consecuencias.